G. A. M.

LOS SERACS DEL PETIT VIGNEMALE

POR ANGEL A. ROSEN

Procedentes del pequeño pueblo francés de Gavarnie llegamos a Baysellance. Es un día gris, llueve débilmente y de vez en cuando un relámpago ilumina las últimas horas de esta tarde de verano.

Todos estamos bastante cansados, y viendo que el tiempo no mejora, decidimos que mañana nos levantaremos tarde y no haremos absolutamente nada, excepto pasear un poco y comer. A modo de paréntesis diré, que la «ciudad de los mulos», que es como llamaba un amigo mío a Gavarnie, y que es donde más animales de esta clase he visto juntos, se contaban a cientos, nos fue totalmente imposible alquilar uno para que nos subiese las mochilas por una bonita, pero pesada carretera, que va hasta una presa situada a medio camino entre el pueblo y Baisellance.

Al día siguiente nos levantamos a las ocho de la mañana y vemos con sorpresa que el cielo está totalmente despejado de nubes. Es el primer día de los diez que llevamos en Pirineos que vemos brillar el sol. Aún nos animamos más, cuando el guarda del refugio nos dice señalando la bandera, que si ésta ondea suavemente en esa dirección el buen tiempo está asegurado por lo menos durante tres días.

Desayunamos rápidamente y mis compañeros parten hacia las aristas. Hoy no podré acompañarles, pues todavía no me he repuesto de unas altas fiebres que me han acosado durante los tres últimos días, y prefiero descansar toda esta jornada para estar mañana bien. Voy con mis compañeros hasta la «Hourquete» del Centenario que es donde empieza la ascensión que van a realizar, de aquí les sigo con la vista hasta la cumbre del Petit Vignemale, un poco apenado por no poder ir con ellos, desciendo lentamente por el tortuoso camino del Centenario hasta poder ver en toda su longitud el «Culoir de Gaube», pensando que, tal vez algún día... Pero la ascensión que haremos mañana serán los seracs del Petit y mi atención se fija allí intensamente. Trato de forjar con la imaginación la vía a seguir. Vistos de aquí, no parecen muy difíciles, pero no tienen que estar muy bien cuando las tres últimas cordadas que se han metido, se retiraron antes llegar a la mitad. Aún veo otra vez a mis compañeros, ya están llegando al Pi-

tón Carré, y me figuro que estarán disfrutando mucho. Aunque físicamente estoy aquí abajo, mi pensamiento está con ellos, y es casi como si fuera atado a su misma cuerda y tomara parte en su conversación. Dejando volar mi imaginación oigo a Avelino decir: «Es una pena que me haya olvidado hoy la cámara fotográfica», y Fernández diría a Lorente: «Espera un poco y déjame la maza que creo que esto es un magnífico ejemplar de cuarzo» o tal vez a Susaeta, preguntando a los demás: «¿Cuál es aquel monte que está a la derecha del Balaitus?».

Son alrededor de las cuatro de la tarde cuando regresan mis amigos; vienen algo cansados, pero satisfechos de su excursión. Han gozado de un hermoso día de sol combinado con una bonita escalada que les ha llevado, en una altura superior a los tres mil metros, por los ocho picos del macizo del Vignemale.

Les comunico mis deseos de hacer mañana los seracs y aunque me cuesta un poco, acabo convenciéndoles. Después de dar buena cuenta de una mejor comida empezamos a preparar las cosas para el día siguiente. Primero elegimos el material, que queda reducido a: ocho clavijas de hielo, cuatro de roca, tres estribos, diez mosquetones, dos cuerdas de treinta metros, un piolet corto y unos crampones de repuesto. De comida: optamos por cosas ligeras, tal como chocolate, azucarillos y queso, así como dos cantimploras de té amargo.

A las ocho de la tarde, cuando la noche ya ha devorado casi todo el cielo, nos metemos en nuestros sacos para dormir las horas que nos separan de nuestro gran día.

Son las tres de la madrugada cuando alguien me despierta, no puedo precisar si es Juan Ignacio o Juan Carlos, pero oigo perfectamente que la noche está estupenda. A medio vestir bajamos al comedor, en el que nos preparamos y tomamos un nutritivo desayuno. Recogemos nuestras cosas y nos disponemos a salir, pero aún tendremos que esperar un momento a Fernández, se está atando las botas. ¡Siempre el último! Apagamos las velas y nos marchamos procurando no meter mucho ruido al cerrar la pesada puerta metálica.

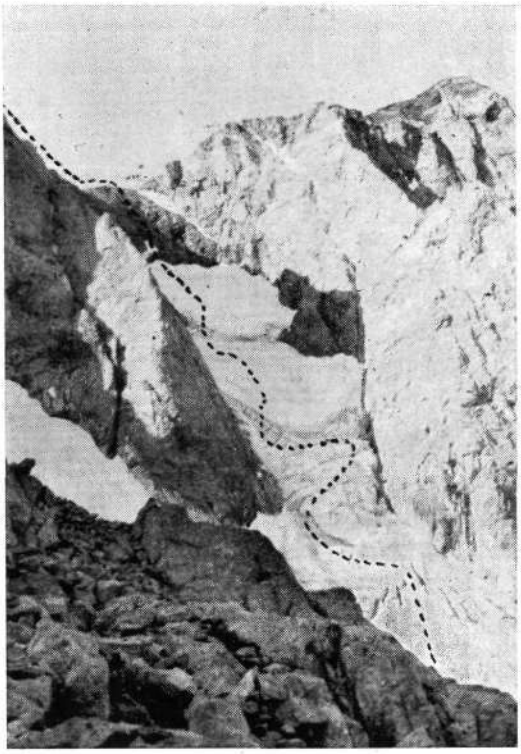
¡Hace un frío que pela!

Dirijimos nuestros pasos hacia el collado del Centenario. Vamos sin hablarnos, con las manos en los bolsillos y los ojos semicerrados. Sumidos en nuestros pensamientos y casi sin darnos cuenta llegamos al collado. Desde él se ve nuestro objetivo, muy abajo y hacia la izquierda.

Hemos de ponernos los crampones y nos es preciso usar la linterna, pues para estos menesteres es insuficiente la mortecina luz de las estrellas. Una vez encordados, avanzamos a la vez por las pendientes heladas que circundan al Petit Vignemale, la nieve está durísima y los crampones apenas se hunden unos milímetros.

¡Ahí están los seracs! Fríos y retadores, parecen los despojos hacinados de una batalla habida entre gigantes. Desde arriba parecía que se podían coger casi con las dos manos, pero ahora, a su pie, presentan un aspecto grandioso e inexpugnable.

Tenemos a nuestro alrededor un sinfín de trozos de hielo, cuyo tamaño oscila entre el de un huevo y el de un coche utilitario, los cuales nos dan una idea nada tranquilizadora de lo que tiene que ser esto en cuestión de desprendimientos.



Seracs del Petit Vignemale.
(Foto Isasia)

Está amaneciendo. El frío muerde en estos momentos más intensamente que a ninguna otra hora del día. La vía, elegida con anterioridad, comienza en la derecha orográfica de los seracs y sube en diagonal, más o menos, hacia la izquierda.

Comenzamos la ascensión. Los primeros metros no requieren gran cuidado. Una vez superados, tropezamos con la primera dificultad. Se trata de un resalte de gran verticalidad, de unos quince metros de altura. Ataco este pequeño muro, que en principio no parecía ser excesivamente complicado pero a medida que avanzo me convenzo de todo lo contrario. Tengo que servirme de clavijas para la progresión, pues se acaban las presas donde restablecer el equilibrio, y con el piolet no se pueden hacer maravillas, ya que a cada golpe salta un pedazo de hielo de forma circular y no se consigue fabricar una presa capaz de agarrarse o de meter el pie. A base de tracción directa sobre cinco clavijas, ha superado más de la mitad del muro, que parece ser la más difícil de éste. El resto parece mejor pero aún queda un pequeño paso que no puedo superar en libre; meto otra clavija que entra malamente, apenas la mitad, paso un mosquetón y la cuerda y me dispongo a salir en libre. Pero de pronto y a una velocidad vertiginosa, veo pasar ante mí el muro de hielo. Es un instante en el que no me doy cuenta de lo que pasa hasta que noto un fuerte tirón en la cintura. Apenas he caído cuatro metros. Mis compañeros me indican que se me ha salido un crampón, y que

he resbalado. La cosa no pasa del susto consiguiente. La última clavija, aunque metida hasta la mitad, ha respondido bien. Me descuelgan hasta abajo, me ato fuertemente el crampón y un poco receloso vuelvo a empezar. Ahora con esta especie de polea ya montada, en la que yo soy la carga, la cosa resulta mucho más fácil hasta la última clavija y de aquí al final lo resuelvo rápidamente y sin titubeos. Se reúnen mis compañeros, recuperando el último el material colocado, y comprobamos que los pitones «Cassin» en forma de «U» no son los más recomendables para hielo, pues aunque entran bien y resultan seguros, al sacarlos, han quedado para tirarlos; por el contrario, los «Charlet», de forma corriente —tal vez algo menos seguros— entran y salen bien, sin sufrir variación alguna.

Tenemos ante nosotros un caos de pequeños seracs por el que avanzamos con muchas precauciones, lo más rápidamente posible y sin hablar muy alto, pues alguna de estas moles, en equilibrio dudoso y de formas caprichosas, en las que su masa está desproporcionada con su base de sustentación, parece que se nos va a echar encima de un momento a otro. En algún sitio indefinido, pero muy cerca de nosotros, acompañado de un ruido seco y breve, semejante al de un disparo de pistola, se ha debido de abrir alguna grieta. A la apertura suceden sobre nuestras cabezas, algo a la izquierda, unos pequeños desprendimientos, que creo que nos han hecho temblar a los tres, y yo, en mi interior, he sentido bastante miedo. Muchos cronistas en sus relatos hablan de la dificultad, de la inseguridad y del peligro sin mencionar, la mayoría de las veces, al miedo. Yo creo que esto es un tributo que tiene que pagar todo aquél que desafía al peligro, y que, aunque nunca degenera en pánico, siempre se lleva una inquietud muy personal, que raras veces se exterioriza ante los demás.

Ya, poco nos falta para llegar a la primera gran grieta, escalamos un trozo, de fuerte inclinación, de nieve dura que surge como por encanto en medio de este laberinto de hielo. No es preciso tallar, pues aunque duro, es corto, tendrá unos quince metros. Con el piolet en una mano, una clavija de hielo en la otra y la parte delantera de unos crampones de doce puntas se pasa relativamente bien y rápido. Superado este paso y por un terreno fácil, aunque muy aéreo, avanzamos los tres a la vez, saltando pequeñas grietas y rodeando los seracs superiores que son los mayores de esta primera barrera. A los pocos minutos de marcha llegamos a la primera gran «crevasse». Está seccionada por la mitad y en toda su amplitud a la pala de nieve que limitan por un lado el Espolón Cornelius y por el otro la Aguja de los Glaciares. Tiene un aspecto imponente, con una altura aproximada de unos treinta metros y se halla toda ella ligeramente extraplomada. Las surcan algunas fisuras que tienen forma de estrechas chimeneas así como numerosos cortes transversales en una dirección de unos cuarenta y cinco grados hacia dentro de la masa de hielo. Estos cortes sirven muy bien para agarrarse, o, para meter el piolet y utilizarlo a modo de palanca, incluso en alguna de estas fisuras se puede atascar el escalador, bien para recuperarse, o para hacer una buena reunión. Pero a pesar de todo es preciso subir a doble cuerda y metiendo bastantes clavijas. Fue este el punto máximo alcanzando cinco días antes por una cordada madrileña, que hubo de efectuar una difícil retirada por la vía de ascenso.

El frío persiste. Tenemos los tres la nariz y orejas muy coloradas, nuestras voces suenan extrañas e irreales, es como si estuviésemos en una sala de altos techos, o mejor dicho en una nevera de proporciones gigantescas.

Mientras, Lorente y yo, intentamos franquear el resalte por su lado izquierdo que es donde se hallan las hendiduras transversales, a Fernández se le le antoja esto difícil: se desata y va a buscar algo más factible a lo largo de el «gran pasillo».

Intentamos forzar el muro, pero el continuo desplome nos hace luchar duro, y por si fuera poco, los pitones apenas entran en la masa compacta de hielo, de modo que antes de superar la cuarta parte del muro, y ante lo imposible, desistimos. Juan Carlos, que está de vuelta de su viaje de inspección, nos dice que en la parte derecha existen unos bloques superpuestos, que van a parar a una chimenea, que tiene su final en el nevero inferior que es el que tratamos de alcanzar. Reunidos los tres, nos vamos hacia el otro lado de la grieta, que efectivamente tiene un aspecto más benigno que el otro. Comienza Lorente este trozo consistente en un pequeño contrafuerte vertical, que da acceso al amontonamiento de bloques y que desemboca en una buena plataforma. Para ello talla al principio unos cuantos peldaños y colocando una clavija que sirve más de agarre que de seguro, logra vencer este pequeño pero difícil paso. Una vez reunidos en el rellano, voy hacia la chimenea. Una corta travesía expuesta y delicada entre los bloques sueltos me coloca en el comienzo de aquella. Tiene unos seis metros de longitud, estrecha y completamente lisa. Aprovecho un pequeño serac y subido en él gano la entrada de la deslizante chimenea, meto una clavija lo más alta que puedo y repto hasta ponerme a su altura; una vez sobrepasada y con un pie apoyado en ella, casi me llego con las manos al final, y con un esfuerzo más, la supero. La máxima dificultad de la esclada ha sido vencida. Estamos en este momento en el helero que limitan las dos grandes grietas transversales. Hasta ahora no habíamos visto más que hielo por todas partes. Aquí el panorama cambia. Desde este gran anfiteatro podemos contemplar un maravilloso espectáculo y nos sentimos liberados cuando el sol nos da en la cara. El día es todo lo claro y transparente que puede serlo en una hermosa mañana de primavera, y la luz pone destellos de plata sobre una cascada de agua que cuelga allá en la pared. A nuestra derecha: las cumbres de la Pique Longue, Piton Carree, Chaussenque... a las que los rayos de sol han inundado completamente, arrancando a sus paredes coloridos de sorprendente vivacidad. ¡Qué bien se tiene que estar allí arriba!

Ahora avanzamos los tres a la vez y rápidamente, pues la pala intermedia no tiene fuerte pendiente. Pronto llegamos ante otro obstáculo. Se trata de la segunda gran «crevasse». La examinamos y decidimos atacarla por su derecha. Tenemos que superar al principio un diedro de roca mejor dicho en «verglas» pues todo él está cubierto de una gruesa capa de este elemento. Este trozo de roca ha sido como una aparición, algo así como una isla en el océano. Sacamos de la mochila unos cuantos pitones de roca, y nos disponemos a atacar el diedro. Un paso de hombros y una clavija colocada alta, sobre la que se tracciona al primero, sitúan a éste en la mitad del paso, de aquí al final se ha de seguir en libre, limpiando con la maza los posibles agarres. Una vez superada la dificultad, hay que seguir por un agrupamiento de trozos de hielo, que da acceso a una buena reunión. Desde aquí sólo nos separa del nevero superior un serac de grotesca forma.

El primero coloca una clavija que la utilizará para efectuar una travesía Dullfer desde una de las paredes del serac hasta la cara opuesta, que es más

vulnerable que la primera. Después tallando unos cuantos peldaños se llega a la cumbre de este monolito helado, que es prácticamente el nevero terminal. Seguimos la marcha por la pala de nieve final. Al principio avanzamos los tres «ensamble», pero hacia su mitad ésta se empina y optamos por avanzar asegurados. Escalamos unos cuantos largos de cuerda, un tanto monótonos y llegamos al final del glaciar. Hasta la cumbre nos quedan todavía unos doscientos metros de roca de escasa dificultad, pero descompuesta, en la que nos desencordamos para ir más rápidos.

Después de ascender una corta chimenea, salimos a la cresta que baja de la Punta Chaussenque y que va a la cima del Vignemale el «pequeño». Antes de salvar los últimos dentellados de la cresta, nos detenemos para descansar y comer un poco. Cómodamente sentados, respiramos plenamente nuestra recompensa y no encuentro palabras suficientes para describir el sentimiento de triunfo que dilataba mi pecho.

Observamos con curiosidad los movimientos de una cordada en el glaciar. Son cuatro los que van atados a una misma cuerda y mientras tres esperan recelosamente que se produzca lo irremediable, el primero, que debe ser el más experto, avanza poco a poco y con la mano muy extendida hacia adelante intentando buscar con su «alpenstok» una supuesta grieta tapada por la nieve, cuando se le agota la cuerda se unen sus amedrantados compañeros y... vuelta a empezar. Después los veríamos llegar al refugio a las ocho de la noche. Eran unos «buenos» montañeros catalanes.

Seguimos por todo el filo de la arista en bonita trepada. El sol nos baña ahora por completo y casi, en el placer de la escalada no nos damos cuenta que hemos llegado a la cima.

Ascensión realizada el 13 de Agosto de 1961 en un tiempo de siete horas por: Juan I. Lorente, J. C. Fernández y A. A. Rosen de la «Excursionista Manuel Iradier», del G. A. M. y E. N. A. N.